

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

URIBE V, MANUEL. (1862-1894). *La Gallina Blanca*. Poema. Bogotá. Imprenta a cargo de F. Pontón. 1888. Folleto. 12 x 16½. p. XIII, 60.

Este ejemplar perteneció a un nuestro tío, estudiante de medicina en Bogotá, a la fecha de su impresión, incansable lector y buen políglota, Azael F. Guerrero, de quien conservamos en nuestra biblioteca particular preciosos ejemplares de las más diversas materias.

Se trata de una de las más notables rarezas bibliográficas de Colombia. Parece que no existen de este opúsculo sino dos ejemplares en el país: uno en la Biblioteca que perteneció a D. Fidel Cano, en Medellín, y y el que guardamos en la nuestra, en Pasto.

D. Daniel Samper Ortega, en las *Advertencias Preliminares* que figuran en el volumen de *Índices* de la magna *Selección de Literatura Colombiana*, que lleva su nombre, (Bogotá. Edit. Minerva, 1937), al ponderar la dificultad de las pesquisas que tuvo que realizar, en pos de obras rarísimas, como esta de Uribe Velásquez, dice de esta manera: "...procedí a buscar aquellas piezas de cuya importancia tenía noticia, pero que no se hallaban ni en la Biblioteca Nacional ni en las excelentes de aquellos de mis amigos que tuvieron la bondad de franquearme sus libros. Algunas obras de las que se incluyen en la presente Selección, pudieron obtenerse en bibliotecas particulares de otras ciudades: tal el caso de varios poetas antioqueños salvados del olvido en la de don Fidel Cano, único sitio, que yo sepa, donde existía el famoso poema *La gallina blanca*, de Manuel Uribe Velásquez...". (Pág. 13).

Pero no se crea que en la *Selección Samper Ortega* se incluyó el poema de Uribe Velásquez en su totalidad. La obra consta de un prólogo, ocho cantos y la conclusión. De ellos sólo se transcribieron, en el tomo 84 de la *Selección*, los cuatro primeros cantos, omitiéndose, inexplicablemente, los cinco versos de la estancia undécima del Canto Segundo.

El precioso opúsculo de Uribe Velásquez está precedido de un inroito o proemio, *Al Lector*, en el que el poeta explica por qué publicó su poema, desnudo del prólogo con que había ofrecido revestirlo la pluma volcánica y rampante de Juan de D. Uribe, como éste mismo lo había declarado en su periódico, *Correo Liberal*, en el que insertó, con merecidos elogios, algunos fragmentos de aquél. Ello fue que Uribe anocheció

en Bogotá y amaneció en Nueva York, en un viaje relámpago e imprevisto, realizado no por su gusto sino a pesar suyo, es decir, que salió desterrado del país. Y, en los afanes de un viaje de esa naturaleza, perdió sus papeles, y, por de contado, el Prólogo del poema de Uribe. Este, que era tan buen prosista como poeta, resolvió escribirlo, desdeñando ofertas que otros literatos le hicieran, para apadrinar su obra.

Algo hace entrever de la génesis de su poema, cuando advierte: "Yo mismo no me doy razón de cuándo concebí el plan de *La gallina blanca*. El obedece, más que a una trabazón deliberada y fantástica, al fatal desenvolvimiento de una historia de amor que alberga mi corazón con santo recuerdo: ni más ni menos que como el amante desgraciado guarda con religioso respeto una flor ajada por el tiempo y desaromada por los besos y las lágrimas...".

Gira el poema en torno al peligro idéntico y al opuesto destino de dos protagonistas: la Gallina Blanca, conocida por el nombre que su albura le había conquistado, y su dueña, la quinceañera Elvira, que se entendía con la de albas plumas como si fuese su hermana y confidente. "*La gallina blanca* y Elvira, —dice el poeta— son dos seres semejantes, moralmente hablando, que casi... casi... estoy por afirmar que son uno mismo. Pero no, me arrepiento, no puede ser eso así: la una al fin, al fin casóse, fue feliz y vivió mucho; la otra al cabo, al cabo casóse también, fue desgraciada y vivió poco. Sin embargo... siento tentaciones de afirmar que estas dos aves, o muchachas, o ángeles, o como se las quiera llamar, son un solo sér, único e indivisible...".

A una y a otra, pues, las ofrecieron, sin su anuencia, en matrimonio; a una y a otra les impusieron, forzosamente, novio. A la gallina, el viejo gallo del corral, a despecho del pollo barbiponiente que la pretendía, correspondido. A Elvira, a D. Lucas, el maduro banquero, por encima de Juan, joven sin cuenta bancaria, a quien la niña adoraba.

La pollita sucumbió a la tiránica imposición paterna, con el lote del más cruel infortunio por consecuencia. Elvira tuvo la suerte de aprovechar la desdichada historia de la otra, para mover a su madre a respetar los derechos de su corazón. Y logró, por ese camino, alcanzar la felicidad.

"He creído que el enlace de estos dos episodios, tan comunes en la historia del corazón humano, —dice el poeta— forman una gran lección de moral que puede corregir a seres extraviados que, por un interés mezquino, intenten romper las ligaduras de un amor infantil, puro y sincero...". Y a fe que la moraleja se cumple en la medida que el poeta lo quiso.

Manuel Uribe Velásquez tenía el don del canto. Como para el común de los mortales es la prosa el vehículo natural de la expresión, diríase que en Uribe Velásquez, por el contrario, era el verso el medio de que se valía para ello. Por esto, su poema es de una facilidad asombrosa, de una perfecta naturalidad, que todo en él nos parece espontáneo, sin que en parte alguna aparezca, ni por asomos, la huella del esfuerzo, que en vano quisieran ocultar otros versificadores menos dotados por la naturaleza.

Tomás Carrasquilla afirmó alguna vez, respecto del Indio Uribe, y no sin acierto, que era el escritor que con más perfección había manejado la prosa en América. Resulta curioso poder afirmar cosa semejante de Uribe Velásquez, con referencia al manejo sorprendente del verso, en cuyo medio se encuentra como el pez en el agua. Todo el poema, *La Gallina Blanca*, es buena prueba de ello, como lo tienen de confesar quienes lo lean, y de una sola sentada, porque este es de aquellos cuya lectura, una vez comenzada, no se deja hasta el fin.

No se advierte en el poema nada de lima ni castigo, nada de escoplo y buril, nada, en fin que denuncie paciente labor de orfebre trabajando con hilos de oro la regia clámide del verso. Diríase que éste se desliza por sus naturales cauces, con la limpidez de los arroyos de la montaña, de libres linfas no compelidas a seguir su curso por artificiosos canales. Sirvan de ejemplo las dos primeras estancias del Canto Primero:

I

*Pues diré que era hermosa como un cielo
la del lunar aquel que en la mejilla
tenía cual de negro terciopelo;
y, cosas singulares,
en su cuello de cisne,
otro lunar llevaba como un tizne:
por Dios que era ese sér todo lunares!*

II

*Cuando yo lo miré por vez primera
y vi su planta breve
deslizarse, gentil, por la pradera;
cuando pude observar que eran de nieve
sus formas de contornos divinales;
y, en fin, cuando sus ojos encendidos
yo pude contemplar como esculpidos
por la mano de Dios sobre cristales,
de repente exclamé lleno de encanto:
es cosa peregrina
que la mano de Dios se esmere tanto
en hacer tan perfecta una gallina!...*

Uribe Velásquez no sólo fue un magnífico poeta de la naturaleza: fue, ante todo, un ingenio festivo de primera fuerza, de inagotable vena humorística, cuya estirpe se remonta a las castizas fuentes de los más airosos satíricos de la época áurea del idioma.

Anda en todas las antologías del humorismo colombiano del pasado siglo, este soneto magnífico *A un Cristo empeñado*:

*Desde la santa cumbre del Calvario
a la del montepío del prendista,
pasó un Cristo a formar entre la lista
de prendas empeñadas de un armario.*

*Oye misa y confiesa de ordinario
con mucha contrición el agiotista,
y secuestra a Jesús! Jesús le asista
por rüin, por ladrón y por falsario!*

*Ver mayor humildad jamás espero:
digna es sólo de aquél que se dejara
insultar y escupir sobre un madero.*

*Fuera yo el enclavado y no quedara
en este mundo vil un usurero
que del leño sagrado no colgara!*

El poeta, calavera y sin blanca, debió de haber sido más de una vez víctima de agiotistas, usureros, prestamistas del 10% mensual y demás ralea de canallas y ladrones con patente de corso para asaltar el bolsillo ajeno, a favor de la necesidad de los demás, que no sólo carece de ley, como dice el aforismo latino, sino que, de veras, tiene cara de hereje, como interpretó el golfín que en latines no sabía de la misa la media. Por lo cual se explica que en diversas ocasiones explotase el mismo tema, poniendo en la picota de sus versos a todos los harpagonos con quienes tropezó en el discurso de su breve y trabajosa existencia. El soneto *Ante la tumba de un usurero*, es también preciosa joya de antología:

*Yo no traigo a tu estrecha sepultura
Ni amargo lloro ni endulzado acento,
Ni vengo a suspirar al són del viento
Que gime en los cipreses con pavura.*

*Tampoco vengo a orar, porque la usura
Poca piedad inspira al pensamiento;
Tú lo sabes muy bien: el diez por ciento
Mata en el labio la plegaria pura.*

*Yo vengo a que me digas solamente,
Qué dijo de tus libros criminales
Aquel gran Contador Omnisapiente;*

*Y si glosó tus cuentas, por las cuales
Mi reloj te llevaste y mi pendiente
En la suma infeliz de quince reales!...*

La deuda que Juan de D. Uribe no pudo satisfacer a Uribe Velásquez, del anunciado prólogo para *La Gallina Blanca*, quiso pagarla, en parte, el glorioso Indio, con las cariñosas alusiones con que se refirió al poeta, en el magno prólogo de 137 páginas, que campea frente a las *Poesías Originales y Traducciones Poéticas* de Antonio José Restrepo, impresas en Lausana, Suiza, en 1899.

Allí, haciendo referencia a la estudiantina universitaria y rosarista, que hacía las delicias de los compañeros en los buenos tiempos en que el poeta y el prologuista concurrían a las aulas, dice: "Uribe Velásquez era un talento fino y burlón, siempre travieso y muchacho, con un modo risue-

ño de ver todas las cosas, por graves, tristes o extravagantes que fueran ellas. La sal de sus versos escocía en ocasiones, pero lo habitual era encontrarlo amable, aunque fuese cáustico. Durante una de las muchas temporadas en que vivió conmigo, me leyó una novela de costumbres suya, inédita, sobre la minería en el Porce, libro bien pensado, con observaciones raras y mucho buen humor, curioso sobre todo por una bruja que interviene y juega importante papel entre los negros escarbadores de oro. Tocóle a Uribe Velásquez morir en el hospital; pero me atrevo a esperar que cuando se pierda entre nosotros el gusto por los versos de mitologías, de tocador, de perfumería y coloretos, una sana y franca risa como la del Autor de *La Gallina Blanca y Juancho el Myón*, le proporcionará al que la sienta como él, algo más que el jergón de la caridad en la sala de los agonizantes...”.

Que la sal de los versos de Uribe Velásquez escocía en ocasiones, no cabe duda. Quien quiera comprobarlo no tiene sino que leer los que, con socarrona crueldad, dedicó a Rafael Núñez, a raíz de la muerte del padre de la *Regeneración*, y que el escritor Arturo Escobar Uribe transcribe en la página 53 de la biografía del *Indio Uribe*. Lo que, por otra parte, es una elocuente muestra de la forma como los poetas de la última centuria combatían a sus adversarios políticos. De lo que hay también abundantes ejemplos en las poesías satíricas de Antonio José Restrepo.

Uribe Velásquez había nacido en 1862, en Amalfi, pequeña población antioqueña de clima medio, en comarca dedicada a la agricultura, la ganadería y la explotación minera, al Sur del valle que forman el Porce y el Riachón. Se graduó de abogado y ejerció como Fiscal en el Circuito de Marinilla. Cuentan que en esta ciudad tuvo disgustos con el Juez, Dr. J. N. Escobar Campuzano, de quien se vengó poniéndolo en ridículo en su famoso poema *Juancho el Myón*, para hacer reír a la misma Melancolía. En Bogotá dirigió, con el Indio Uribe, un semanario satírico, *Sancho Panza*, que no figura en el Catálogo de prensa de la Biblioteca Nacional, pues el que con tal nombre se registra es el N^o 1^o de un periódico así llamado, que se publicó en 1837. Con excepción de *La Gallina Blanca*, la obra poética de Uribe Velásquez no se ha recopilado en libro ni en opúsculos, y anda dispersa en periódicos de la época. Murió en plena juventud, a los 31 años, en un hospital de caridad de la República, en diciembre de 1893.